



La comunidad de diálogo como creadora de espacios para una experiencia literaria

Por MARÍA BELÉN CAMPERO
ROMINA GIANFELICI

bcampero@gmail.com
rominagianfilici@gmail.com

1. Relatos de una experiencia

Cosas invisibles es un grupo de trabajo que, inspirado en la Filosofía con niños, busca promover espacios de aprendizajes y ejercicio de derechos con los recursos de la filosofía, el diálogo y la construcción cooperativa. En 2015 con el taller de Filosofía entre Cuentos encuentra su lugar en la Biblioteca Argentina Dr. Juan Álvarez y la Biblioteca Pública y Popular José Pedroni de Soldini, provincia de Santa Fe; en 2016 se presenta con RIO: Rondas para Idear con Otros en la Plataforma Lavardén y en la Biblioteca Popular Pocho Lepratti de Rosario, y en la Casa de la Cultura de Soldini. Los talleres están orientados a niñas y niños de entre 4 y 12 años y buscan situarse en el territorio para religar la filosofía a las prácticas comunes, a la vida y la cotidianidad.

De la experiencia en Filosofía entre Cuentos emergió la pregunta ¿qué es ser un lector?, que derivó en ¿es posible pensar en un no lector?, ¿la experiencia literaria se construye?, ¿un taller de filosofía es una buena manera de promocionar lecturas?

Para empezar a responder esos interrogantes, es necesario dar cuenta de qué entendemos por filosofía. Ésta es para nosotras un ejercicio de indagación y un espacio de encuentro desde el que se produce la experiencia creativa. Pensamos que la filosofía tiene su eje en la aventura de la problematización y entendemos, a su vez, que la sorpresa y el asombro ocupan un lugar muy importante a la hora de descubrir un problema.

Una experiencia que nos atraviesa es del orden de lo inesperado y, como dice López, el pensamiento “no es una destreza, sino una abertura, un encuentro” (2009, p.68). En este sentido, la filosofía es una práctica social, necesaria y habilitadora en la que las propias curiosidades se reconocen y son tomadas por el grupo para el desarrollo de invenciones





comunes. Es por ello que, desde Cosas Invisibles, nos proponemos permanentemente trabajar en el fortalecimiento de la confianza y el vínculo con los otros a la vez que en la promoción de espacios de socialización. Pensamos, precisamente, que la filosofía surge de la posibilidad que tenemos de pensarnos con otros -en comunidad- y de construir críticamente, desde la propia experiencia, un pensamiento común (comunicable-comunicado). En esta línea, Santiago sostiene que “problematizar es abrir una posibilidad a la reflexión compartida con otros, al análisis, al cuestionamiento” (2006, p.119).

2. Las lecturas

La riqueza del dispositivo emerge a partir de establecer como válidas todas las opiniones, de todas las intervenciones, a la vez que se invita a cuestionarlas, analizarlas, descomponerlas, descartarlas, completarlas, enriquecerlas, matizarlas. Generalmente usamos cuentos como disparadores y trabajamos en el estímulo para la creación y la construcción de las preguntas filosóficas que nos llevarán al diálogo.

¿Por qué los cuentos? Uno de los principales motivos tiene que ver con que consideramos que los cuentos constituyen un recurso propicio para la manifestación y exploración de las propias fantasías. El acontecimiento narrativo nos ofrece los mil y un mundos posibles, a la vez que permite el reconocimiento del propio mundo y del lugar de sí mismo allí. Lo que representa una posibilidad de construcción y reconstrucción de conceptos e ideas en la búsqueda inagotable del propio asombro.

Pero ¿trabajamos con lectores?, ¿los niños son lectores?, ¿buscamos formar lectores?, ¿quién es lector?, ¿la lectura necesita de un libro? Formalizar una respuesta nos llevó tiempo pero subyacía a nuestro proyecto. La lectura, igual que a la filosofía, es una experiencia que transforma, que distingue un antes y un después, y no en el sentido de ser “experto”, la experiencia no necesita de una experiencia previa para llamarse experiencia, es siempre presente y es cada vez, en sí misma, la mejor. Ahora bien, una experiencia puede considerarse verdaderamente tal cuando se constituye como la vivencia de alguien que puede apropiársela y volverla única, singular y activa. Estas cualidades de la experiencia, activa, singular y propia, son las que intentamos cultivar en el taller de filosofía. Así, en tanto experiencia, la





lectura no es ya reducible al marco de un libro; y no es que por esto rechacemos el libro, muy por el contrario, simplemente lo que pretendemos es no calificar como lector a quien tiene el hábito de leer libros o descalificar a aquel que no, cualesquiera sean las razones. El niño explora y en esa experiencia siempre hay novedad, hay lecturas. El niño investiga, crea, y da cuenta de lo nuevo, él construye el sentido del mundo en la relación de su sí mismo con lo que lo rodea.

Larrosa (2003) hace una distinción interesante en la que señala precisamente que lo importante no es el texto sino la relación que se establece con el texto. Es justamente la calidad de nuestra relación con la literatura la que motiva la elección por usar cuentos como disparadores, se trata de una elección ético-estética, en el sentido de usar los mejores ingredientes que podemos encontrar. La literatura y los cuentos son parte de un patrimonio muy apreciado por nosotras. Es nuestro compromiso ofrecer recursos valiosos. Junto con la posibilidad y la invitación a cuestionarlos, discutirlos y desestimarlos. Esto no es un detalle menor, porque en el mismo momento que proponemos algo en tanto posible de ser descartado, suponemos lectores allí. Suponer lectores antes que no-lectores es clave, una especie de llave maestra, para producir, visibilizar y valorar lecturas.

Encontramos una bella metáfora de Bombara respecto a qué es un libro:

En la naturaleza podemos observar en diferentes ecosistemas, cómo una araña teje su tela y espera, camuflada, que algún insecto desprevenido se pose sobre ella y quede allí, sujeto. Es entonces cuando la araña se acerca, paraliza y envuelve al insecto y regresa al escondite. Ya lo comerá, no tiene apuro. (2009, p.134)

El libro es, sigue Bombara (2009, p.134), “una telaraña pegajosa” que necesita del otro, de una relación. Entonces, nos encontramos con libros, cuentos o poesías que decidimos acompañar para en ese recorrido ir descubriendo lo que se aloja allí; y luego, en cada encuentro y con renovada paciencia, en un posible devenir, que envuelve con la potencia de lo aleatorio, de lo contingente, nos atrevemos a cuestionarlo. El lector es capaz de encarnarse e identificarse con esa araña atenta y dispuesta en la exterioridad.

3. La inquietud





La idea de la atención es muy interesante y nos lleva a trabajar sobre la necesidad tanto de movimiento como de dispersión en lo que elegimos llamar, los *procesos de atención*. Para Zambrano la atención “es la apertura del ser humano a lo que le rodea y no menos a lo que encuentra dentro de sí, hacia sí mismo. Es una disposición y una llamada a la realidad” (2007, p.61). Para atender, definitivamente, no podemos estar quietos, una lectura necesita ser vivida, moverse, ir y venir. El lector, señala Andruetto citando a Todorov, es “como un detective que husmea entre frases, en los intersticios de una palabra y la otra, quitando capas y capas en busca de un cierto grado de revelación, para que aparezca lo que allí está escondido, reconstruyendo el edificio que es la obra” (2015, p.90-91), el movimiento, la actividad son intrínsecos a los *procesos de atención* y condición de toda lectura y de toda filosofía.

Esto que decimos tiene que ver con nuestra propia experiencia, con nuestra práctica de atención en las necesidades comunicadas, o mejor, movilizadas por la comunidad. Desde el momento inaugural hemos dejado a disposición elementos para el dibujo o la escritura que derivaron, por su parte, en obras, collages, video, bandera, actos maravillosos y creativos tanto individuales como colectivos, que nos llevaron entender que no sólo en la textualidad hay lectura, y que los recursos no escritos tienen la ventaja de habilitar nuevas formas de lectores, incluso en los casos en que todavía no hay alfabetización. Un momento especial y revelador, en este sentido, tuvo lugar cuando, en uno de los encuentros mientras dialogábamos y analizábamos una imagen los niños jugaban y/o dibujaban. Participaban, no teníamos dudas, pero sobre todo, para nuestra sorpresa, estaban muy atentos a lo que sucedía en la ronda, tanto que cuando algo despertaba su interés o tenían una opinión o comentario para hacer pedían intervenir. Y lo hacían con total coherencia y preocupación. Esto ocurrió un día que trabajábamos sobre el concepto de vacío cuando M, de cinco años, que estaba dibujando, pide la palabra y dice: “el vacío es como para actuar, como en un escenario...pero están todas las luces apagadas, sin ningún color y afuera de la pared esa parece que hay gente pero no hay, son mucha gente que cortaron la luz y están afuera”.





4. La lectura como vivencia

Si concebimos que la lectura es una vivencia, es porque pensamos en ella como un acontecimiento conformado en la trama de diferentes fuerzas que se mezclan en un acto creativo; un acto que por cierto no sólo refiere al recorrido de un texto. Una lectura es descubrimiento y apropiación, producción de algo como posible de ser leído: historias, mapas, ciudades, paisajes, olores, músicas; producción de sentido de quien lee o escucha, por eso, todos, sin excepción deberíamos ser considerados lectores. La lectura es escucha, es vivencia, es conversación y diálogo. Es por eso siempre trabajamos con lectores.

Si todos somos lectores, ¿por qué y/o para qué promocionar lecturas? ¿Por qué la lectura es importante en un taller de filosofía? La lectura es transformadora, pero sobre todo es habilitadora, es el espacio real para la creación. La experiencia literaria a la que nos referimos y que tiene lugar en una comunidad de diálogo, produce y expone formas y sentidos originales, y por eso, no transmisibles, no enseñables. La lectura es, entonces, formación, es

Un modo de afirmar la potencia formativa y transformativa (productiva) de la imaginación... Pensar la lectura como formación supone cancelar esa frontera entre lo que sabemos y lo que somos, entre lo que pasa (y que podemos co-nocer) y lo que nos pasa (como algo a lo que debemos atribuir un sentido en relación a nosotros mismos). (Larrosa, 2003, p.29)

La lectura es lo que nos permite transitar distintos lugares, encontrarlos o inventarlos. Leer es dialogar, dice Esther Jacob, es:

Como sintonizar con pensamientos de otros, es comunicarnos con los demás y con espacios, tiempos, lugares diferentes. Al leer se desarrolla nuestra sensibilidad, y nuestro sentimiento lírico que hace más bella la vida. Leer es poder soñar, volar con la imaginación, viajar con el pensamiento, divertirnos, entretenernos; es tomar contacto con la realidad y adquirir herramientas para transformarla; leer es construir futuros a partir de imaginarlos. (1990, p.13)

Leer es compartir y nuestra búsqueda, desde el espacio de los talleres, está comprometida con la construcción de herramientas para que la experiencia de la lectura se conforme en la conciencia del estar con otros. Pero leer también es escuchar:

En la escucha uno está dispuesto a oír lo que no sabe, lo que no quiere, lo que no necesita. Uno está dispuesto a perder pie y a dejarse tumbar y arrastrar por lo que le sale al encuentro. Está dispuesto a transformarse en una dirección desconocida. (Larrosa, 2003, p.30)





Parafraseando a Tonucci (2014) podríamos decir que la lectura se ofrece en la experiencia de la escucha y de su goce. A partir de la lectura, sostiene Andruetto, nos permitimos el deseo, la incomodidad, nos enfrentamos a nuestras carencias. La lectura:

No nos ofrece soluciones, más bien diríamos que nos plantea preguntas, porque problematizar lo que ha sido en nosotros naturalizado es una de las funciones fundamentales del arte. Cuestionar lo aceptado, recibir nuestras sombras, los riesgos de la vida que vivimos y de la sociedad en que transitamos. (Andruetto, 2015, p 83)

5. Lectura y filosofía

Leer y filosofar son distinguibles pero es imposible pensar uno sin el otro. De allí proviene la importancia de la lectura para nosotras. Tal como lo pronuncia Jean “es en la actividad de la lectura propiamente dicha donde el niño descubre las nuevas fuerzas que pueden permitirle actuar de alguna manera sobre lo real por medio de lo imaginario” (2003, p.62).

En los cuentos muchas veces se develan algunos grandes supuestos culturales y poder descubrirlos es parte de nuestra propuesta. No buscamos repetir conceptos, ni ideas, buscamos sí, como decíamos, descubrirlos, crearlos e inventarlos. Creemos que los conceptos aparecen entre nosotros, de lo común, en el diálogo, como emergentes de nuestro ser en comunidad, conformando una experiencia literaria.

Nuestra tarea, y nuestro éxito, consisten en buscar, encontrar o inventar mediadores adecuados, interesantes, convocantes para el trabajo en común. Nosotras usamos principalmente literatura buscando sintonía con la producción del grupo –grupo del que no estamos al margen, sino que somos parte del mismo–. Escogemos las historias que nos conmueven de alguna forma, que nos estimulan, que nos dan ganas de llevar y compartir para ver qué (nos) pasa. En lo que ocurra está viva, gestándose la singularidad de cada lectura.

Es por esta razón que para la elección de un cuento priorizamos siempre las necesidades e intereses de la comunidad y planificamos, a partir de allí, artesanalmente el trabajo para cada encuentro. Los cuentos, las historias y los temas que albergan se van entramando a la comunidad que los problematiza. Los problemas aparecen y reaparecen junto a la referencia al disparador desde el que se trabajó, pero no de forma estanca, sino en un movimiento que muestra cómo la historia nos ha atravesado.





Además, el taller intenta eludir algunas categorías clásicas de las instituciones educativas y la pedagogía tradicional –nos referimos a la segmentación por edad, o cualquier otro criterio que busque homogeneizar el grupo; jerarquías; obediencia; obligatoriedad; entre otras–, para demostrar(nos) que es posible trabajar y apoyar ciertos registros de colaboración que ayuden a los niños a descubrir sus propias habilidades en un ambiente de trabajo diferente, estimulando permanentemente el respeto y la escucha entre ellos. Muestra de ello es lo que pasó con la lectura del cuento, al principio ésta era una tarea realizada por una de las coordinadoras y luego fueron las niñas y los niños quienes se encargaron de leer en voz alta para toda la comunidad. Ese ceder el lugar del lector nos hizo descubrir que no había inconvenientes para seguir una lectura pausada, con traspies, en un tono más bien neutro (en comparación con la expresividad del que ya conoce la historia y la puede leer con mayor fluidez). Admitir y acompañar el ritmo y las dificultades de la lectura infantil, sin corregir, habilitó lectores tanto como lecturas de algo inesperado. Por eso sostenemos que la heterogeneidad o la diversidad, la complejidad y el conflicto, son propios de lo humano, condición para la filosofía y la vida en general. Son un desafío a la vez que la posibilidad de emergencia de lo nuevo. Así cada encuentro del taller, cada comunidad de indagación es algo vivo, fluido y cambiante, respecto de lo que no podemos anticiparnos.

El momento de diálogo es un tiempo fundamental, habilitante, en el que los niños alcanzan una zona de seguridad individual, personal, y de independencia de sus propios pensamientos. Nosotras, en esa instancia, repetimos y legitimamos todas las preguntas y las opiniones, para eso volvemos sobre ellas en tono de pregunta, sin afirmar. No imponemos temas, allí no hay –no puede haber– imposición, sino variedad y multiplicidad de pensamientos y disposición a cambiarlos, modificarlos, rehacerlos. Es por ello que los niños ya no precisan resguardarse y preservarse ante una posible consideración de otro que apruebe o desaprobe. No están a la espera de un juicio de valor sobre su participación; ellos no son juzgados en esa práctica, y lo más destacable es que no se preocupan por ser evaluados. Al establecer como válidas todas y cada una de las intervenciones, a la vez que se invita a cuestionarlas, analizarlas, descomponerlas, descartarlas, enriquecerlas, matizarlas, la comunidad de diálogo cobra sentido en tanto lugar habitable, y no esperamos de ella más que su devenir. El niño, dice Merleau-Ponty:





Comprende mucho más allá de lo que sabe decir, responde mucho más allá de lo que puede definir, y no es distinto en el adulto. Una verdadera conversación me hace acceder a pensamientos de los que yo no me sabía capaz, no era capaz, y me siento a veces llevado por un camino que no conozco y que mi discurso, enunciado por otro, está abriendo para mí (2010, p. 25).

No es que no nos importen los logros o qué se logra. Simplemente confiamos en la escucha y compromiso de los participantes. Desde esta perspectiva, sin obligación ni resultados esperables como meta, lo que se produce siempre es valioso. Son el trabajo propio, el compromiso asumido con la comunidad, la creatividad invertida allí, los que producen cosas –cuentos, preguntas, conceptos, dibujos, videos–; y son la escucha, la atención, el reconocimiento, así como la interrogación y el disentimiento respetuoso, los que promueven nuevos compromisos, nuevos problemas, nuevos aprendizajes, nuevas formas de vincular-se y vincularnos, de inventar, inventarse e inventarnos.

6. Conclusiones

¿Leen los niños?, ¿les interesa leer? Estas preguntas, que nos hicieron en distintas circunstancias, motivaron nuestra inquietud por el tema. El trabajo cotidiano en el taller, mediatizado por lecturas compartidas, problematizaciones, reflexión e intercambios, nos permitió alcanzar la convicción de que no es posible pensar en un no-lector. Suponer siempre lectores es lo que habilita lecturas; lecturas siempre diferentes, que nos hagan correr, que nos muevan, lecturas que nos dejen preguntar. Decimos que todos leemos, que todos somos lectores y esta afirmación no nos permite estancarnos en la certeza, sostenemos esta idea amparadas en la apertura de un horizonte de indagación y búsqueda.

Pero, ¿en qué sentido pensamos la comunidad de diálogo como creadora de espacios para una experiencia literaria? La comunidad de diálogo invita a manifestar y a compartir múltiples formas de pensar, a disponer de un tiempo y un espacio de confianza y respeto, a la vez que intenta promover la inquietud y movilizar a los lectores a desplegar argumentos, a escuchar y acompañar nuevas lecturas, a hacerlas, entre todos, más complejas, más creativas, más placenteras. No buscamos, ni esperamos que la comunidad constituya junto a la literatura un lugar de comodidad y apogeo, todo el contrario, aspiramos a crear espacios heterogéneos y habilitadores de la experiencia literaria. Estamos persuadidas de que para que





ello suceda es necesario poner a la literatura lejos de la simplificación y distanciarla del pensamiento global y uniforme (Andruetto, 2015). En este sentido, la comunidad de diálogo nos permite apropiarnos de la literatura y constituir la como experiencia en la construcción de pensamientos propios, genuinos y, al mismo tiempo, comunes. La comunidad descubre permanentemente lectores y lecturas, y auspicia procesos de con-formación y creación de vivencias y acontecimientos tan inéditos y propios como reproducibles y socializables.

Nos gusta pensar al taller como invernadero, ¿qué cultivamos?, ¿qué crece allí? El ejercicio, la práctica filosófica: la posibilidad de suspender la certeza sobre la opinión propia, la oportunidad de cambiarla sin que esto implique frustración, a través del contraste con otras opiniones, de la identificación de presupuestos, de su deconstrucción, producto del diálogo y la común tarea de indagación que emprende la comunidad.

Es en el mundo donde nos comunicamos y es nuestra propia vida el recurso primero para la creación de una auténtica experiencia literaria.





Referencias

- Andruetto, M. (2015). *La lectura, otra revolución*, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bombara, P. (2009). El libro: una araña, un insecto y una telaraña. En Machado, M.; Colomer, T.; Bombini, G.; et al (2009) *Decir, Existir. Actas del I Congreso Internacional de literatura para niños: Producción, Edición y Circulación*, Buenos Aires: La Bohemia.
- Jacob, E. (1990). *¿Cómo formar lectores? Promoción cultural y literatura infantil*, Argentina: Troquel.
- Jean, G. (2003). La lectura, lo real y lo imaginario. En Jolibert, J. y Gloton, R. (2003) *El poder de leer. Técnicas, procedimientos y orientaciones para la enseñanza y aprendizaje de la lectura*, España: Gedisa.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, México: Fondo de Cultura Económica.
- López, M. (2009). *Filosofía con niños y jóvenes. La comunidad de indagación a partir de los conceptos de acontecimiento y experiencia trágica*, Argentina: Noveduc.
- Merleau-Ponty (2010). *Lo visible y lo invisible*, Argentina: Nueva Visión.
- Santiago, G. (2006). *Filosofía, niños, escuela. Trabajar por un encuentro intenso*, México: Paidós.
- Tonucci, F. (2014). “Hay que acostar a los niños leyendo un libro y no mirando televisión”, Conferencia en *Más juego, más movimiento: más infancia*, Argentina: Ministerio de Educación de la Nación.
- Zambrano, M. (2007). *Filosofía y educación (manuscritos)*, Málaga: Ágora.